

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, —jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

El triunfo de los monárquicos sobre los republicanos, trae á la arena candente de la discusión los nombres de los candidatos.

Así como no se ha averiguado que ningún hombre, por sensato y morigerado que sea, pueda calmar su sed con un vaso de agua sin agua, así parece que tampoco es posible hacer la felicidad de este país con una monarquía sin monarca.

Santas tradiciones del pueblo que me vió nacer, tradiciones que nos habeis puesto en el trance de no tener Hacienda, ni paz, ni instrucción, ni otras frioleras, cada día lamentamos con mayor pena vuestro momentáneo eclipse.

Volved, traednos el monarca, coronemos por fin el edificio, y salga de la tierra el fecundo grano, y cuequen de los árboles los sazonados frutos, y comiencen en el Palacio real las recepciones y besamanos.

¡Ah! ¡Pronto volveremos á ver sobre los elegantes hombros de los caballeros esos uniformes nuevecitos, con los cuales se hacen tan dichosos á los pueblos!

Damas y galanes, apeándose de sus coches, enseñarán al modesto artesano ó al curioso cesante la banda de María Luisa ó alguna otra de reciente invención, y aquel día de seguro no vendrá á turbar el sosiego público ni un orador republicano con su destemplada fogosidad, ni un periódico con su crítica insensata.

Sí, se aproxima el tiempo del orden, tiempo de cruces y cintas, tiempo de razonado descanso para todos, y de intranquilidad solamente para los discolos, que se han imaginado que podría existir España sin que la protegiese la sombra bienhechora de sus reyes recatólicos.

El que hoy nos surte de sombreros, mañana ostentará sobre la puerta el hermosísimo escudo de España, con estas letras debajo en forma de lazo:

Sombrero de S. M.

Y todos los industriales que se estimen en algo procurarán pedir una recomendación á cualquier unionista ó á un comandante de la Milicia (no habrá más Milicia que la monárquica) para conseguir del soberano el honroso título de proveerlo, solo con el fin de poner las sacramentales S. M. en las etiquetas de su casa.

Y todo Madrid se llenará otra vez de signos reales y de coronas, sin temor de que aparezca ninguna nube en el horizonte político.

Hasta aquí, todos esos señores están conformes. ¿Pero cual será el rey?

Los montpensieristas están con el oído atento al menor rumor de las brisas cortesanas.

Ya empiezan á poner en ridículo á D. Salustiano,

porque dicen que no desiste de humillarnos tratando de traer á D. Fernando de Portugal.

Poco me importa que D. Fernando venga ó se quede por allá, pero á decir verdad, el único príncipe que encontraría menos antipatías en España, sería el consabido viudo.

Sin embargo, ¡crimen enorme! D. Fernando, hombre decente, se ha casado con una mujer á quien amaba, con una mujer de la clase pobre; y según ahora han descubierto los monárquicos, este matrimonio democrático no será bien recibido en una monarquía-democrática.

¿Qué dirían las señoras españolas?

¡Ah! Si hubieran tenido en cuenta los revolucionarios de Cádiz lo que habían de decir las señoras, de seguro se hubiera quedado la revolución en su período de incubación patriótica.

Venga ó no venga D. Fernando, lo cierto es que no hay más que estos dos candidatos, en sentir de los que han de traerlos:

- D. Fernando de Portugal.
- El duque de Montpensier.

Hemos dicho muchas veces que no opinamos como los que creen que la Milicia nacional es la única garantía de la libertad.

El partido progresista ha vivido en el poder durante el último reinado solo dos ó tres años cada vez, mientras los moderados, sin Milicia nacional, vivían once.

Milicia teníamos en 1843; Milicia en 1856; Milicia tenemos hoy, y la mitad de ella se ha puesto ya en frente de la otra mitad.

Yo voy á decir á Vds. mi opinión con toda franqueza.

Prefiero el sufragio universal á la Milicia tal como hoy se encuentra organizada.

Creo más, y es que la libertad del sufragio es letra muerta, si cada ciudadano va á votar con el fusil al hombro.

No nos asusta á los republicanos la cuestión del desarme de sus voluntarios.

Con los derechos que nos concede la Constitución, si nosotros sabemos penetrarnos y hacer uso de ellos, nos basta para vencer pronto.

Una sola dificultad va á presentarse:

¿Puede haber verdadera libertad é igualdad en España, cuando un partido solo va á tener las armas en la mano?

O todos los ciudadanos tienen derecho á figurar en las filas de la Milicia, ó toda la Milicia debe ser disuelta.

Uno de estos extremos hay que adoptar.

Luis Rivera.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

IV.

Si el silencio es elocuente en efecto, jamás fueron con más elocuencia defendidos nuestra monarquía y los candidatos al trono.

La facundia del Parlamento es en ese sentido inagotable: Demóstenes y Cicerón no se callaron tan sublimes rasgos, tan arrebatadores argumentos como los que se calla la Cámara española.

Si hubiera un medio de imprimir lo que no se dice, ¡qué obra tan magnífica se podría publicar ahora para uso de los tronos huérfanos!

La verdad: la Cámara conoce que hablar de rey es hablar de la mar, y ha preferido hablar de Ultramar estos días.

Una hora de sesión hubo el miércoles, y toda ella se empleó en hablar de América.

Parece que el Congreso está de acuerdo en enviar allí nuestras libertades...

Yo siempre temí que nuestras libertades se irían á otra parte; pero no imaginaba que se nos fuesen tan pronto... ni tan lejos.

El miércoles la sesión duró once cuartos de hora; fué una especie de carambola política, pues empezó dando contra los diputados republicanos y acabó contra los carlistas.

El dictamen de la comisión contra los diputados republicanos rebeldes, es un *como se pide* puesto al margen de la comunicación del presidente del Consejo.

La premura ha sido vencida: en ocho días la comisión ha opinado.

Tras un esfuerzo tan gigantesco, debía venir la prostración, á pesar de los pesares; porque si bien la Asamblea nacional hace leyes, no hace leyes físicas.

Así, pues, el jueves se veía en todos los semblantes la huella de las vigiliadas y el cansancio de la sesión de la víspera; por cuyo motivo la de aquel día solo duró hora y media, entre esperezamientos de ánimo y frases entrecortadas por sacudidas nerviosas.

Yo estoy pronto, prontísimo, á reconocer que la Cámara tiene pleno derecho para arrojar de su seno á los diputados que se le indigesten: eso es tomar un vomitivo, ni más ni menos. ¿Y una Asamblea monárquica soberana no ha de poderse administrar el Le-Roy ó cualquiera de sus análogos cuando bien le cuadre!

El Sr. Rojo Arias....

«Con mucho espanto lo admiro, con mucha duda lo creo.»

propuso un voto de censura contra los que nos hemos retirado del Congreso, al ver que se nos impedía realizar en él los propósitos parlamentarios, legales, pacíficos é imprescindibles de nuestro cargo.

Propuso el Sr. Rojo Arias un voto de censura contra los diputados republicanos que no nos hemos sublevado.

Es decir, que con la autorización dada en contra de los insurrectos, y la censura contra los no insurrectos, se jugaba un pároli monárquico.

La retirada de su enmienda no me ha conmovido tanto como la de Rusia: mis sensaciones habrían sido más vehementes, si se hubiera puesto aquella á discusión y á votación nominal.

Cuando había republicanos en la Cámara, se nos decía que estorbábamos con inoportunas discusiones; quisimos discutir la conducta del gobierno, y se nos cerró el paso; ahora que en la Cámara no hay republicanos, se nos acusa de que hacemos daño á la pa-

tria con nuestra ausencia... Los republicanos somos como el mal, que es indispensable para conocer el bien; pero ¡el demonio que lo sufra!

Pues como decía, la sesión del jueves duró hora y media; pero después de tanta actividad, se acordó que no hubiera sesión el viernes, por falta de asuntos de que tratar.

¡Excelente ocasión para tratar de candidatos al trono! No sabiendo qué hacer la Cámara, creo que nadie llevaría a mal que celebrase sesiones en que se leyese las biografías de los príncipes disponibles; y cuando menos se pasaba el rato sin ofender a nadie.

Yo ya sé que no faltan asuntos: por ejemplo, el dictamen de la comisión de cuentas que podría haberse discutido el viernes, pues está rematadito. ¿Pero a mí qué me importa? ¿Dicen que no hay asuntos? Ellos sabrán por qué.

Me callo. No quiero meterme en la vida privada de nadie, ni aun de la Asamblea.

Roberto Robert.

La siguiente epístola, como verán nuestros lectores, más que una réplica a la del Sr. Rivera es una contestación del Sr. Palacio a los que le han dirigido insultos por su soneto, y en prueba de deferencia hacia nuestro antiguo compañero la publicamos, dando por terminada esta polémica, toda vez que nuestras razones quedan en pie.

Á LUIS RIVERA.

Narra una antigua y popular leyenda que hubo no sé en que tiempo, allá en Bassora, un héroe de tal rumbo y tal fachenda,

Que se cortaba en trozos á la aurora, y completo otra vez al medio día se sentaba á la mesa de su mora.

Tal fué la suerte de la carta mia; hecha pedazos la dejó tu pluma y aun al error entera desafia.

Tu epístola me encanta; pero en suma es como los abrigos de verano, calienta alguna vez, pero no abrume.

Jamás cual pienso yo pensó el tirano; él de la luz oculta los reflejos, yo de las luces el camino allano.

Estacazos él da; yo doy consejos, y aunque haya algún cangrejo que me alabe ¿qué tengo yo que ver con los cangrejos?

No es esa la cuestión; otra es más grave; ¿se debe coronar á la ignorancia ó se debe enseñar al que no sabe?

No hablemos de Sagunto y de Numancia, ni de si tiene culpa de este atraso nuestra tradicional intolerancia.

Lo que ha pasado ya no viene al caso; nos hallamos enfrente de una cumbre; ¿la subimos de un brinco, ó paso á paso?

¿No te da, Luis amigo, pesadumbre ver de la libertad hacer mal uso por falta casi siempre de costumbre?

Pues bien, Luis, evitemos el abuso, digamos que es ser libre al ignorante y el error disipemos del iluso.

Decisivo y de prueba es el instante, mas ¿piensas tú que aquel es más patriota que pretende marchar más adelante?

¡Ay! cuando en una fecha no remota la prensa y la tribuna enmudecían de un tiranuelo ruin bajo la bota,

¿Dónde los que me agravian se escondían? Mientras yo lamentaba mis dolores en destierros y cárceles ¿qué hacían?

Quizá gozaban muchos los favores de aquella que revuelcan en el lodo villanos hoy, si ayer aduladores.

Tú como yo lo sabes, y ante todo bueno es que esta verdad sentada quede ya que á decir verdades me acomodo.

Porque ¿no sabes, Luis, lo que sucede? pues hay un malagueño que en su empeño, hasta su propia albarda me concede.

Lo he visto escrito y me parece un sueño, por adornarme á mí quedar desnudo..... ¡si será liberal el maleagueño!

Hay otro vate que aunque no tan rudo, en graciosa y correcta poesía y sin valerse de disfraz ni escudo,

Dice que me compró la monarquía, y como recompensa me promete cruces, honra, dinero y nombradía.

¡Cruces! tengo y aguardo seis ó siete; como que soy poeta, pobre, feo, pródigo, solterón y ex-mozalbate

¡Honra! nací con ella y la poseo; y tocante al dinero y á la gloria, ni aquel ambicioné, ni esta deseo.

Más que dejar mis hechos en la historia, preferiré dejar mi nombre oscuro de los que me han amado en la memoria.

Mé sobran una lágrima y un duro; aquella para todos los pesares, y éste para cualquiera en un apuro.

No sé quemar incienso en más altares que los de la justicia y la conciencia, do busco inspiración á mis cantares.

Quiero la libertad, no la licencia; quiero que á la instrucción sacando el jugo aprenda el pueblo á conocer su esencia.

No quiero de la plebe bajo el yugo la vergonzosa libertad del robo ni la igualdad infame del verdugo.

Amo ese pueblo inteligente y probó que vive en el trabajo y la vigilia y aplaude las verdades sin adobo.

Que educa para el bien á su familia, y se despierta al ¡ay! de su vecino, y en su orfandad ó su dolor le auxilia.

Ese de la virtud sabe el camino; para él la majestad y la corona si es hora en el reloj de su destino.

Pero para esa turba retozona que destruye lo mismo que desea y combate lo mismo que pregona,

Para esa la doctrina, no la tea; luz que aclare las sombras de su mente si allí se ha de albergar alguna idea.

En cuanto á mí, primero que la frente ante un idolo doble vil ó falso, las gradas de su trono refulgente cambiaré por las gradas del cadalso.

Manuel del Palacio.

11 de Octubre.

E PUR SI MUOVE.

En 1836.

—Pero, ¡Señor, que no se desengañe esa gente! A bien que con las buenas palizas que se han llevado, me parece á mí que no vuelven á levantar cabeza. Buenos están los liberalitos, buenos. ¿Saben Vds. lo que es eso de Constitución y liberalismo? Un pretexto de cuatro pillos para medrar y tener engañados á una docena de bobalicones.

—¡Ajá! eso mismo precisamente iba á decir yo: cuatro ambiciosos cobardes y una docena de malvados sin freno ni religion. Ya ve Vd. lo que duró la Constitución el año de 12: ya ve Vd. como todavía duró menos el año de 20... Y es que en España no puede ser, desengañarse, no puede ser.

—Justo, España no quiere más que rey y religion.

—Y sobre todo, orden, y que gobiernen personas de peso. ¡Los dichosos liberalitos! Gente que no sabe gobernar su casa y quiere gobernar el reino. ¡Eso sí que causa risa!

—Si todo fuera cosa de risa... Pero ¡ay amigos míos! Por culpa de ellos perdimos las Américas.

—Es verdad; por culpa de ellos. Como que son unos descamisados.

—¿Qué les va en quese pierda ó se gane? Con tal que puedan satisfacer sus atroces pasiones... Porque ¡cuidado con los crímenes que han cometido!

—¡Ah!... ¡horribles! Aquel pobre sacerdote que descuartizaron en el pueblo de Vd....

—No, no fué en mi pueblo. Los liberales allí fueron un poco blandos, creo que de puro cobardes; pero en otras partes.... ¡fué horrible!

—En el mío no mataron ni robaron por una casualidad, pero en casi toda España hubo escenas... ¡horribles!

—En mi tierra no lo pasaron todo á sangre y fuego, porque no lo permitió la Divina Providencia; pero bien sabido es que esos infames en todas partes cometieron crímenes... ¡horribles!

—En fin, esto se acabó. Ahora solo falta....

(Todos á coro.)—Un gobierno fuerte, y palo á todo el mundo.

En 1840.

—Desengañarse: el partido liberal ha muerto, gracias á los excesos de los pícaros exaltados. Aquí no puede haber libertad, por culpa de una docena de ambiciosos, que con sus ideas disolventes enloquecen á la canalla.

—Y lo peor es que todo lo pagamos los que no nos metemos en nada, porque no nos proponemos medrar con la política.

—¡Oh qué bien dice Vd.! La gente pacífica, la gente honrada lo paga todo y tendrá que emigrar de España, porque aquí no hay paz ni orden. Por todas partes se ven unas caras... La plebe tiene unos humos... El llevar levita es exponerse á todo género de ultrajes. Les digo á Vds. que ya no se trata de libertad: esta es la guerra del pobre contra el rico. Nunca se había oído hablar de tantos crímenes. Mire usted que lo que ha ocurrido en Cádiz ha sido vandálico, ha sido... ¡horrible!

—No, en Cádiz no ha sido. Yo estaba allí y vi lo que pasó. Que fué milagro librar de las turbas el pellejo y la bolsa, no tiene duda. No tuvieron tanta suerte los infelices saqueados y asesinados en Zaragoza. Allí sí que fué... ¡horrible!

—Diré á Vd.: en Zaragoza precisamente no hubo los saqueos y las muertes de que se habló.

—Si yo lo leí en los periódicos...

—Sin embargo, no era cierto; pero ¿qué importa? Desgraciadamente sabido es que en toda España esos descamisados han cometido delitos... ¡horribles!

—Y no hay más remedio sino que se reúnan todos los hombres de bien, apoyen á un gobierno fuerte y... Todos á coro.—¡Palo á los exaltados!

En 1854.

—Figúrese Vd. que si triunfasen los demócratas...

—¡Imposible!

—¡Imposible!

—¡Imposible!

—Ya lo sé, pero vamos al decir. Ni habría reli-

gion, ni habría familia, ni se casaría nadie; todo el mundo querría ser amo de los demás...

—Afortunadamente eso no es de temer. Al fin y al cabo los demócratas son cuatro ambiciosos sin camisa que, con sus desafortunadas predicaciones, solo consiguen calentar de cascos á una docena de locos.

—Sí; pero entre tanto perturban el país. Esto ya no son partidos políticos: esto es la guerra del que no tiene contra el que tiene. Los nuevos bandoleros en todas partes roban y asesinan desenfundadamente. Cuidado con lo que han hecho en Granada. Quemar, asesinar; y las pobres monjas...

—No: en Granada no ha sido; ha sido en la Seo de Urgel.

—No: yo me encontraba allí cuando se dijo lo de los asesinatos, y no fué verdad; fué en Cangas.

—En Cangas, no; querrá Vd. decir en Extremadura.

—En fin, señores, ello es que en todas partes han cometido crímenes... ¡horribles!

—Eso iba yo á decir; ¡horribles!

—¡Horribles!

—Es preciso acabar con ellos. Es indispensable (y eso pronto) dar fuerzas á un gobierno de orden y (Todos á coro.)—¡Palo á los demócratas!

En 1869.

—....Los republicanos son cuatro descamisados y doce locos... Ideas disolventes... Entes perdidos é ignorantes... Masas inconscientes... Con la república, no habría familia, ni propiedad, ni Estado, ni tribunales.

No gobernarán nunca... Esto no es política; esto es la guerra social. España no quiere esas exageraciones... ¡Horribles!

—Incendios de casas y fábricas y violaciones en Valls.

—No, en Barbastro.

—No, en Cádiz.

—Tampoco... pero en fin... ¡horribles!

—Hombres de orden... unámonos todos... Gobierno fuerte...

(Todos á coro.)—¡Y palo á los republicanos!

E pur si muove.

Roberto Robert.

CANAL DE SUEZ.

(Continuación.)

Somos, pues, diez caballeros particulares, y por esta vez te suplico que no tomes á broma la frase, somos diez caballeros particulares que aceptamos con júbilo el cortés convite del Kedive.

Hagote notar esto, para que no veas en nada de lo que he de contarte, ni carácter oficial, ni servilismo de comisionado. Hablaré siempre por mi cuenta y diré mi opinión franca y sincera, según mi costumbre, sin acordarme de que hay gobiernos en el mundo.

Debo advertirte también otra cosa.

Mis cartas estarán siempre escritas al vuelo y bajo la impresión del momento. Serán, pues, hojas arrancadas de mi cartera. Comprenderás que no pueden estar escritas con el cuidado y esmero que requiere un trabajo literario. Olvida por un momento los perfiles, y espera á la publicación de un libro de viaje que pienso emprender á mi vuelta á España.

Positivamente lo que te basta á tí al leer un periódico es comprender las cosas; verlas pronto, como se suele decir. En esto procuraré servirte. Aunque escriba con descuido, me entenderás perfectamente. Seguiré la escuela de Camprodon, mi buen amigo.

Así, pues, comienzo desde mañana mis apuntes. ¿Quieres saber de paso lo que ocurre en París?

Voy á darte un terrible desengaño, pero debo ser sincero.

El emperador está dispuesto á vivir bastante tiempo, y vivirá.

El pueblo francés no espera que á su muerte venga la república.

Son dos noticias tristes para un pueblo como España, donde en la actualidad todo se mira bajo un punto de vista exageradamente radical; ¿no es cierto?

Sin embargo, son dos noticias exactas.

La segunda sobre todo.

No hay más que entrar en París, tomar un coche por horas y dar una vuelta, para comprender que la república no es el porvenir de este pueblo.

Un pueblo fastuoso, rico, acostumbrado al placer y á la comodidad, y á los placeres; un pueblo donde todo el mundo tiende á enriquecerse *trabajando*, y donde cada cual procura hacerse propietario de algo, es conservador siempre.

Hoy mismo, si se pregunta á los franceses qué hay de verdad en el republicanismo del país, contestan:

—Hay muchos republicanos; hay gran afición á la idea. Pero la verdad es que dominan los intereses de cada persona, y que se desea un gobierno conservador, sea el que quiera.

La revolución de España va pareciendo en París una broma. Al principio la tomaron en serio. Ahora dicen que somos los mismos niños díscolos y revoltosos de siempre.

No ganamos gran cosa en la opinión pública de



—¡Pero, ha visto Vd. una cosa más rara! ¡Aquí matan veinte; allí cogen ciento; más allá se presentan mil trescientos; el resto se dispersa; los cabecillas huyen, y sin embargo, cada día tienen que reforzar el ejército!

Europa. Nuestros continuos motines hacen dudar á todo el mundo de la formalidad de nuestro carácter. La palabra *pronunciamento* es conocida en todos los países del mundo. No me atrevo á decir cómo se suele traducir, porque aunque yo comprendo la razón que hay en la burla de los extranjeros, deploro como español que tal burlase haga, y deseo con toda mi alma una situación más estable para mi patria.

¿Cuándo sucederá esto?

Lector, te agradecería en el alma que me lo digieras, si es que lo sabes.

Me despido de tí asegurándote que no he de olvidar ni un momento mi promesa de hacerte saber todo lo notable que haya en mi viaje.

Por la tarde.

El embajador de España ha tenido la amabilidad de invitar á su mesa á los españoles expedicionarios. Han asistido á la comida algunos hombres importantes de España y del extranjero. Entre los primeros se contaban Moreno Lopez, Lorenzana, el duque de Tetuan, Palau, Galdo, nuestro gran artista Gisbert y otros varios, cuya enumeración sería prolija. El embajador ha hecho los honores con su distinción habitual. Mr. Nabaraouy-Bey, delegado del virey de Egipto, ha asistido también.

Nabaraouy-Bey es quien firma las invitaciones para la gran solemnidad. Es un joven interesante en extremo, cuya instrucción y amabilísimo trato le captan bien pronto las simpatías generales. Lástima es que su salud se halle tan quebrantada.

Después de tomar el café, Nabaraouy-Bey nos ha entregado los billetes para el ferrocarril de París á Marsella y para el vapor que ha de llevarnos de Marsella á Alejandría.

El embajador nos ha provisto de pasaportes.

Estamos, pues, perfectamente habilitados de los medios de comunicación necesarios.

El viaje promete ser animado. El delegado del virey nos asegura que hemos de recibir grandes impresiones y no dudo que así suceda.

Jamás me he visto más envidiado. Cuantas perso-

nas nos dan su abrazo de despedida deploran no venir en nuestra compañía.

En París se han repartido muchísimas invitaciones. Artistas y literatos distinguidos saludarán al virey, que desea verles en Egipto. Teófilo Gautier sale con nosotros.

Como todo viajero desea conocer detalles del país que va á visitar, alguno de nosotros preguntaba esta tarde á Nabaraouy-Bey qué libros convendría tomar en los que halláramos algo útil referente á Egipto.

Nuestra pregunta ha sido contestada con una sonrisa.

—No es posible leer lo que no se puede escribir, nos ha dicho Nabaraouy-Bey. Nada de cuanto se ha publicado en Francia sobre Egipto es exacto, ni nada de ello puede dar al extranjero una idea de lo que es nuestro país. Para conocer las orillas del Nilo, es necesario ir á verlas.

Esto puede ser muy bien una pequeña exageración hija del amor patrio. Confío en poder contar á los lectores la verdad de las cosas; pero si en efecto toda descripción es pálida ante la realidad... ¿qué remedio? Repetiré las frases del joven diplomático egipcio y comprometeré al lector á emprender un viaje, lo cual será muy conveniente para los intereses de la empresa del canal marítimo. Esta es la manera de que los negocios de este género vayan bien. Sin viajeros en gran número no habría empresa posible.

Nos han anunciado grandes mareas. Parece que en la costa del Mediterráneo se hacen preparativos de defensa contra las iras del mar, del que se dice que va á enfurecerse mañana ó pasado. El primer astrónomo de la Francia asegura que va á hacer mal tiempo. Los periodistas franceses que no van á la inauguración procuran divulgar esta idea. Bien dicen que el infierno está empedrado de buenas intenciones.

Nosotros los españoles tenemos un proverbio muy consolador. *Quien no se aventura no pasa la mar*, decimos. Nos aventuraremos y la pasaremos. La Providencia que, según los que la conocen, es tan bue-

na, ¿no ha de permitirnos llegar al término de nuestro viaje? Sería una descortesía que no hay ejemplo entre los mortales.

Envidiadme ahora, hombres cómodos y tranquilos. Voy á pasar siete días embarcado, con un tiempo detestable y con las bascas de la muerte. ¿Me envidáis todavía? En ese caso habeis comprendido perfectamente la grandeza de la expedición y os declaro *progresistas* en el primitivo significado de la palabra.

Los pases para el vapor llevan al pié las siguientes palabras:

Delivré pour compte de S. A. le vice-roi de Egipte.

¡Este es un verdadero monarca!

Ha sido necesario hacer un viaje al corazón del Africa para encontrar un rey rumbo.

La cosa es grave para que un español del año 69 deje de estudiarla detenidamente.

Los reyes que en España se usan, hacen viajar hasta París ó hasta Portugal á sus vasallos, pero no les pagan el viaje.

Tal es la diferencia.

—¿La reina de España no ha hecho viajar á nadie? me preguntaba ayer un inglés.

—Sí señor, le respondí; despobló el país en dos meses.

Y el inglés comprendió perfectamente la respuesta.

Nos hemos despedido del embajador y de los demás amigos. D. Salustiano ha estado amabilísimo con todos nosotros, y nos ha dado pasaporte.

Exactamente lo mismo que á cierto candidato al trono de España.

Eusebio Blasco.

TEATROS.

ESPAÑOL.—LA MAYA, comedia en tres actos por D. Antonio Hurtado.

Tengo el sentimiento de decir á Vds. que á pesar de cuanto se ha dicho, la literatura dramática no ha dado grande muestra de vitalidad.

La Maya podía ser una comedia ó un drama, y no es drama ni comedia.

Para cuadro, le sobran escenas; para comedia le falta enredo; para drama le falta pasión: en fin, para obra dramática, le falta carácter.

Todas las galas de la poesía, todas las bellezas del bien hablar, que encontramos en ella, son cintas y adornos que no modifican la esencia de la obra artística, por más que distraigan agradablemente al espectador.

Todos los años se representa alguna obra de este género, que vive, como decía el poeta,

el espacio de un sol.

¿Por qué? Porque no son obras dramáticas, sino lo que hemos dado en llamar enfáticamente obras literarias.

El Sr. Hurtado es de los que hacen siempre obras literarias. La índole de su talento es esta. Tanta bondad y sencillez hay en sus obras, que estarían en cualquier parte mejor que en la escena.

En *La Maya* hay amores afortunados y desgraciados, rondas, coros, bailarinas, desafíos, atrevimientos incomprensibles, muertes, sentencias de muerte, madres que lloran por sus hijos próximos a subir al cadalso, novia que va á Palacio á salvar á su amante, un rey, una cruz, un Lope, un Quevedo, un gracioso valiente (pero no valiente gracioso), un padre vengativo, un noble cruel... ¡Qué sé yo cuántas cosas! Pues con todas ellas reunidas, amontonadas, falta acción, la obra no interesa, y hasta los amigos del autor confiesan que no es comedia, sino cuadro.

¿No les parece á Vds. que con ménos asunto hacían Lope y Scribe una comedia, Calderon y Rojas un drama?

Esta es la cuestión. Esta es la diferencia de un poeta á un autor dramático. Hurtado es poeta y tiene mucho talento; pero en sus obras falta ese ingenio que consiste en presentar la acción de manera que interese y las situaciones de modo que conmuevan.

Desde aquel muerto del primer acto, que vive siempre, y á quien durante toda la obra le dan por muerto, y dale con que el otro lo mató, hasta aquel rey rodeado de poetas, con la Cruz de Mayo en el fondo, toda la acción se desliza con la tranquilidad de un arroyuelo; y cuando se quejan injustamente los personajes, el público, que está en todos los secretos, siente ganas de gritarles: «No se aflija Vd., papá, que su hijo vive; no llore Vd., señora, que el chico no morirá; calla, tonto, que tu novia te quiere y va á salvarte.»

Y aquí tienen Vds. el defecto principal de esta comedia.

El autor ha hecho con la acción lo que los viejos que se ponen peluca, que no engañan á nadie más que á sí propios.

Pues tan inocente como la comedia, es el aparato de que se la ha rodeado.

Y tan inocente como el aparato, la ejecución: y no entro á detalles, por respetos á la señorita Boldum.

En el último acto, no sabiendo sin duda el autor de qué echar mano para entretener al público, le entretiene hablando tranquilamente de todos esos recuerdos que á vosotros ¡oh amantes de las instituciones venerandas! os llegan al corazón, como la monarquía, el rey justiciero, la religión de nuestros mayores, la cruz divina y otras cosas tan buenas y tan pesadas como estas. En medio de cuadro tan patriarcal, oiréis decir al poeta Quevedo que el padre de la Maya no fabricó otra hija tan linda como aquella porque se le acabó el material; pero no hagais caso y reservad vuestro enojo para cuando oigais eso en una obra bufa, donde está permitido todo... hasta que el público se escandalice de las desvergüenzas de los autores.

Hemos recibido por el correo un manifiesto de *Los españoles de la isla de Cuba*, protestando de la idea de vender aquella hermosa Antilla.

Nada tendríamos que decir en contra de este manifiesto, si en él no se sacara á cuento, sin razón alguna, el nombre de Blasco.

Nuestro compañero es español ante todo y no quiere que ninguna infamia manche el nombre de la patria.

Ha condenado, como nosotros, algunos abusos bien conocidos de todos, en la administración de la isla de Cuba. Pero nada más.

Ténganlo así entendido los españoles que firman ese manifiesto.

Los periódicos políticos, de cuya prohibición tenemos noticia, son los siguientes:

En Madrid: *La Igualdad, El Ciudadano, La Bandera Roja.*

En Barcelona: *La Razon, El Estado catalán, La Saxon, El Canton.*

En la Coruña: *La Correspondencia de Galicia, El Avisador.*

En Granada: *El Hombre.*

En Sevilla: *La Andalucía, El Clarín, El Padre Adam, El Oriente, La Bética.*

En Málaga: *El Grito de la revolución, El Papel verde, El Zurriago.*

En Cuenca: *La Vanguardia.*

En el Ferrol: *El Tribuno.*

En Jerez: *El Conciliador.*

En Cádiz: *La Soberanía Nacional.*

Y *La Federación andaluza-extremeña*, que no recordamos donde se publicaba.

El que tenga un chiste para poner al pie de estas líneas, nos hará un especial obsequio si se lo guarda.

Mi amigo Correa trata de publicar un periódico de su propiedad, de su carácter y de su índole.

Llevará por título: *Yo.*

Correa ha retrasado la publicación de ese *Yo* monárquico, por una razón de oportunidad.

Siendo ese *Yo* de procedencia conservadora, no le pareció decente inaugurar su campaña combatiendo á los republicanos.

Por lo demás, trabajo le mando: ni por combatir á los republicanos, ni por defender á los reyes convencerá á los españoles.

Segun carta que publica *La Correspondencia*, los sublevados Paul y Salvochea estuvieron el 6 en Villaluenga; no se llevaron los fondos; no se llevaron ninguna contribución; no mataron ni siquiera al párroco; se fueron á la una y pernoctaron en Cortes, donde tampoco se dignaron entregarse á exceso alguno; pasaron á Ubrique y allí (¡la pluma se nos cae de las manos!) allí trataron al pueblo con alguna más consideración que al de Villaluenga, porque eran ubriqueños dos individuos de la partida.

Comprendemos el horror de que estaban poseídos los honrados vecinos de Villaluenga, pues los vándalos republicanos quemaron en la plaza nada menos que la talla de los quintos, y destrozaron ferozmente unos globos de hoja de lata.

¡Malvados!

—¿Me hace Vd. el favor de decirme qué quieren los republicanos?

—República.

—¿Y por eso combaten!

—Hombre, ¿no se batiría Vd. por la monarquía?

—¡Me parece que no!

Resulta falso, por datos publicados por los mismos interesados, la carta de Noguero amenazando con asesinar á las familias de las autoridades de Fraga si estas se negaban á entregar la población.

Si siguen desmintiéndose todas las cosas que se han dicho, dentro de poco solo pasará por verdad la mala fé de ciertos periódicos.

El gobierno de Luis Bonaparte suspende la libertad de manifestación.

Repáre Vd. cómo están de acuerdo en todo los gobiernos justos y fuertes.

Luis Bonaparte quiere salvar sin duda las conquistas de la revolución de Setiembre.

En un telegrama oficial, recibido de Barcelona el jueves, se dice:

«Hay bastantes prisioneros y presos.»

Creo que habrá muchos; pero bastantes...

Verán Vds. como todavía no bastan.

Quince mil hombres bien armados y equipados tiene hoy el Papa, á fin de que le ayuden en su ministerio de paz.

En cambio en España han salido este año doscientos sacerdotes á hacer la guerra.

Hé aquí el justo contrapeso de las cosas en el universo.

Segun dice una carta publicada en Sevilla, la partida de Paul y Salvochea, disuelta y batida tres veces, desbandándose cobardemente, solo pudo sostener cuatro horas de fuego y de cargas á la bayoneta.

Fortuna fué que la partida se desbandara pronto, Así no entretuvieron más tiempo á las tropas.

La paparrucha del oro extranjero, entra otra vez en el uso de sus funciones.

Los periódicos honrados denuncian á un yankee que acompaña á Paul y Salvochea y paga á los hombres de la partida.

De esta grosera mentira solo sacamos en limpio, que muy grosera debe ser la gente á quien se trata de emboar con ella.

Un periódico promete dar muy pronto pruebas evidentes de los grandes recursos y medios de acción con que los sublevados republicanos contaban para triunfar.

Se conoce que ese periódico se ha enterado de que aquí no hay ni monárquicos ni candidato posible, y ha sumado el número de sublevados.

Pero estas pruebas las tiene todo el mundo y no hay necesidad de que nadie las revele.

Un unitario.—¡Ah! ¡si esos locos no hubieran proclamado el federalismo, España se salvaba!

Un democrata.—¡Ah! ¡si esos exagerados no hubiesen hablado de República, estaba salvado todo!

Un progresista.—¡Ah! ¡si los demócratas no nos hubiesen salido con los derechos individuales, todos nos salvábamos!

Un unionista.—¡Ah! ¡si los progresistas no hubiesen armado la Milicia, la salvación de España era segura!

Un moderado.—¡Ah! ¡si los unionistas no se hubieran separado del credo conservador, España sería hoy la monarquía más próspera y pacífica!

España.—Nobles caballeros, aunque Vds. perdonen, ¿me sabrían Vds. decir si vive por ahí algún rey ó algún partido de republicanos unitarios?

¿Será cierto que aun haya quien crea necesaria alguna declaración de las Cortes para excluir del trono de España á todos los Borbones?

Tiempo perdido. Si la union liberal sigue prudente y discreta como hasta aquí, á pesar de todas las declaraciones habidas y por haber, traerá al caudal y á la hermana de Isabel II.

Si cierto caballero vuelve á tiempo para explotar sus recientes glorias, traerá á Alfonsito.

De rey podreis mudar, que de Borbon, NO.

En un párrafo de *La Epoca* del 13, escrito con propósito de que saliera en prosa, hemos encontrado las dos aleluyas siguientes:

«Don Alfonso de Borbon prosigue su educación.»

»Sus hermanas han entrado en el Sagrado-Corazon.»

Segun dice *La Correspondencia* del jueves último, en Málaga recorren las calles unas patrullas de Guardia civil y otras de vecinos; se hacen visitas domiciliarias, se prende á los republicanos... y hay tranquilidad.

Todo puede ser.

El gobierno, único que dispone de la fuerza pública y que cobra un tanto de contribución á pretexto de garantizarlo todo, acaba de declarar responsables de la conservación de los ferro-carriles á los ayuntamientos.

Ahora que los ayuntamientos son monárquicos y del propio cosechero, me alegro de esa responsabilidad que se les echa encima.

Ya verán lo que es bueno.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Ocasión.*

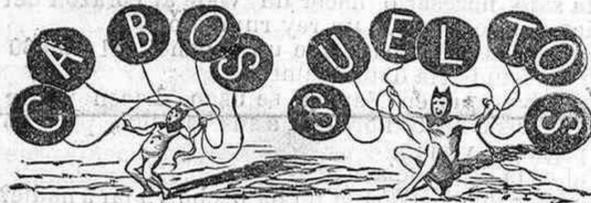
CHARADA.

Prima, segunda y tercera da fruto muy delicado, y es mi todo Montpensier si no estoy mal informado.

(La solución en el próximo número).

MADRID: 1869.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.



D. Fernando de Portugal es el candidato que hoy está en alza.

D. Fernando representa la idea liberal: D. Fernando simboliza la union ibérica; es la única solución que los monárquicos pueden traer á este país desgarrado y lleno de desconfianzas.

Para las ocasiones quiero yo á los hombres.

Ahí tiene Vd. al Sr. Rojo Arias batiéndose en el Congreso con los republicanos.

—Pero si en el Congreso no hay republicanos.

—Pues por eso se bate con ellos el Sr. Rojo Arias.

Le recomiendo al futuro monarca para una cruz ó cosa así.